

El peor tirano de la libertad de imprenta es el alfiler que de ella se hace.

Pablo Butrango.

LA PALABRA.

Periódico General.

El golpe del azote deja un cardenal; más el golpe de la lengua desmenuza los huesos.

Eclesiástico.

Director,
BELISARIO CALDERON.

San Salvador, Marzo 1.º de 1883.

ADMINISTRACION:
CALLE DEL CALVARIO.

LA VELADA DE "LA JUVENTUD."

Hoy dará la sociedad "La Juventud" la velada que, en conmemoración de su nacimiento, previenen los estatutos que debe dar. Nosotros, saludando al día en que tan simpática asociación celebra su aniversario, queremos consagrar algunas líneas de nuestro periódico á aquella é igualmente á las señoras, señoritas y caballeros que darán mayor brillo y suntuosidad á aquel acto.

Los pueblos cultos de todas las épocas han acogido con entusiasmo las fiestas del progreso, ya sea este material, ya intelectual, ya moral; y donde quiera que se levanta esplendoroso el sol de un porvenir que promete ventura, allí se congregan los hombres ilustrados é ignorantes á saludar la luz del nuevo Oriente en cuyos arreboles, entre gasas de nácar y de nieve, se mece la esperanza, sonriente y halagadora, señalando la ruta de los adelantos humanos.

Es difícil que la abyección se apodere de los ánimos cuando hay algo que dilata los horizontes de la sociedad, algo que la enaltece y la llena de renombre y de gloria. La envidia que se arrastra como serpiente asquerosa y que muerde y envenena á veces las entrañas de esa sociedad; el espíritu de oposición que vate sus negras alas sobre ella, no alcanzan nunca á detenerla en su camino, ni amilanar todas las almas, ni hacen invencibles todos los obstáculos; y he aquí por qué las sociedades todas han venido progresando á pesar de sus enemigos y de sus innúmeras contrariedades; y cuando la hora de las convulsiones suena, cuando las revoluciones estallan, entonces la hora de la regeneración llega y las revoluciones engendran, casi siempre, algo superior á lo que existía, algo que guarda en germen otras convulsiones más grandes, otras

revoluciones más trascendentales que serán las fuentes de mayores bienes y de más buenos y sazonados frutos.

Basta lo sentado para entrar de lleno á ocuparnos del objeto que nos hemos propuesto.

Decíamos que los pueblos cultos han acogido con entusiasmo las fiestas de todo progreso, y no decíamos mal al observar que aún en las pequeñas sociedades, los triunfos de la virtud, del saber, de la ciencia y del arte, del comercio y de la industria, & son celebrados con regocijo por todas las clases sociales. El Salvador, este pueblo á quien tanto amamos, no ha visto nunca con indiferencia sus luchas y sus triunfos, sus miserias y sus grandezas; y cuando el infortunio ha doblegado su frente ha sido para que la levante con más audacia y más brío: sus glorias efímeras las ha despreciado; sus victorias de trascendencia las ha estrechado contra su seno y las ha bendecido siempre. Sus hombres abyectos y retrógrados no lo han hecho ceder á sus maquinaciones: él se ha sobrepuesto á todo y ha vencido; él ha sido firme y ha sabido llenarse de aureolas inmortales: su nombre lo abarca todo; su mirada está fija en el porvenir y su porvenir lo cifra en la juventud, de la que tiene legítimo orgullo.

Habríamos faltado á la verdad? No! Ahí tenéis á esa agrupación de jóvenes que, en la medida de sus fuerzas, trabajan porque su patria brille, crezca, se agigante, salve las barreras de la ignorancia, rasgue las tinieblas de la noche del olvido y tienda su vuelo á otras regiones, y difunda la luz que puede producir, y se despierte y anime, y se levante y envuelva en la inmortalidad.

Esta noche dará una prueba de nuestro acerto.

Barriere, el inteligente, ilustrado aunque modesto escritor; Darío, el dulce y tier-

no poeta nicaragüense; Gallardo, el jocoso, original y decente escritor de costumbres; Gavidia, esa esperanza de las letras nacionales si no se envanece y Ortiz, el imitador de su maestro D. Alvaro Contreras, representarán á "La Juventud" en esa fiesta de provecho y de solaz, de la que nos prometemos mucho.

Grato nos es ver que personas de alto rango y artistas de indisputable mérito prestan á "La Juventud" su valioso contingente para su velada.

Las apreciables Sras. Antonia Z. de Blanco, Concepción L. de Aguilar, y Señoritas Refugio Arbizú, Mélida Urrutia, Rosario Melendez y Emilia Hocking amenizarán al acto con bien escogidos trozos de música y canto, en los que harán reconocer una vez más su habilidad y maestría.

Hacemos aquí especial mención de la simpática y notable artista Srita. Adriana Arbizú, la que siempre ha prestado su valiosa cooperación para las fiestas de "La Juventud"; la que siempre entusiasma cuando arranca á su piano mundos de armonía y de inspiración y la que, bondadosa como en otras ocasiones, tomará parte en la presente velada.

Además, las señoritas Refugio Pinto, Esperanza Arango, la aplaudida y tierna niña Esperanza, Cármen Zaldívar y Victoria Aguilar, recitarán composiciones poéticas que no dudamos interpretarán fielmente.

Los caballeros Cárlos Peña, José María Fernadez, Tomás y Jorge Aguilar, Olmedo, Drews, y Aberle, se han prestado gustosos á tomar parte en la velada, dándola así mayor gusto y variedad que á las anteriores.

¡Cuánto nos prometemos gozar en esta fiesta en que creemos encontrar esos dulces placeres que no dejan rastros de dolor en el alma y que sí dejan imperecederos y dulces recuerdos, emociones tiernísimas, y en que nuestra juventud desplegará sus alas y nos hará soñar en un no lejano y gran porvenir! ¡Benditas sean las fiestas del Arte! ¡Benditos los adelantos de la juventud!

¿Qué otra cosa podemos ofrecer á esa sociedad, sinó un aplauso? No importa que este aplauso valga poco; no importa que los que no aman á "La Juventud" nos traten de ridiculizar; quedanos la convicción de nuestra sinceridad y esto vale

más que todo. Juventud: la luz sin la sombra no brillaría mucho: dejad, pues, que algunos de vuestros miembros os traten de empequeñecer; nunca faltan júdas donde puede existir la traición! Seguid adelante: lo difícil que se logra realizar es lo que tiene más mérito! Marchad y llegaréis; luchad y triunfaréis; pero sed digna para ser grande, porque podéis llegar y podéis triunfar; pero, sin dignidad, llegaréis tarde, sin dignidad triunfaréis de la grandeza y quedaréis pequeña!

DE LAS MUGERES QUE CULTIVAN LAS LETRAS.

(Concluye.)

Teniendo sin embargo casi siempre un hombre distinguido que recorrer una carrera, sus talentos pueden ser útiles aún á los intereses de aquellos que dan menos valor á los encantos del pensamiento.

El hombre de ingenio puede llegar á ser un hombre poderoso; y bajo este aspecto, los envidiosos y necios le guardan miramientos; pero una muger entendida no está destinada á presentarles más que lo que les interesa menos, ideas nuevas ó afectos elevados: su celebridad no es más que un ruido cansado para ellos.

La gloria misma puede censurársele á una muger; porque hay contraste entre la gloria y su destino natural. La austera virtud condena hasta la celebridad de lo que es bien en sí, como si causara una especie de ofensa á la perfección de la modestia. Pasmados los hombres hábiles de encontrar competidores entre las mugeres, no saben juzgarlas con la generosidad de un adversario, ni con la indulgencia de un protector; y en este nuevo combate, no siguen las leyes del honor, ni las de la bondad.

Si una muger, para colmo de desgracia, se gran-geara una notable celebridad en el seno de las turbulencias políticas, se tendría por ilimitado su influjo aún cuando ella no ejerciera ninguno, la acusarían de todas las acciones de sus amigos: la aborrecerían por cuanto ella quiere; y se dirigirían desde luego los tiros contra el objeto indefenso antes de llegar á los que pudieran temerse todavía.

Ninguna cosa presenta más campo á las vagas suposiciones, que la incierta existencia de una muger cuyo nombre es célebre y cuya carrera es obscura. Si el talento vano de este hombre mueve á irrisión, si las prendas viles de estotro le hacen rendirse bajo el peso del menosprecio, si es desechado el hombre mediano, todos gustan más de achacarlo á aquella potestad desconocida que se llama una muger. Los antiguos se persuadían que el destino había embarazado sus designios cuando ellos no se cumplían; también el amor propio de nuestros tiempos quiere atribuir sus reveses á ocultas causas, y no á sí mismo, y la supuesta dominación de las mugeres famosas podría, en caso necesario, hacer las veces de la fatalidad.

Las mugeres no tienen modo ninguno de manifestar la verdad, ni de aclarar su vida. Oye su ca-

lanía el público, y únicamente la sociedad íntima puede juzgar de la verdad. ¿Qué medios auténticos podría tener una muger para demostrar la falacidad de falaces imputaciones? El hombre calumniado responde con sus acciones al mundo; puede decir:

Mi vida es un testigo al que conviene oír también.

Pero ¿cuál es este testigo para una muger? algunas virtudes privadas, algunos favores oscuros, algunos afectos encerrados en la estrecha esfera de su destino, algunos escritos que la darán á conocer en los países en que ella no habita, en los años en que ya no existirá.

Un hombre puede, hasta en sus obras, refutar las calumnias de que él es objeto; pero en orden á las mugeres, el defenderse es un perjuicio más; y el justificarse, un nuevo ruido. Las mugeres conocen que hay en su naturaleza algo de puro y delicado, ajado prontamente aún con las miradas del público: el ingenio, habilidades, y un alma apasionada, pueden hacerlas salir de la sombra que debería rodearlas siempre; pero la echan de continuo menos como su verdadero asilo.

El aspecto de la malevolencia hace temblar á las mugeres, por más distinguidas que sean. Animosas en la adversidad, son tímidas contra la enemistad; el pensamiento las enardece, pero su genio permanece débil y sensible. Las más de las mugeres á quienes eminentes facultades inspiraron el deseo de la fama, se asemejan á Herminia revestida con las armas del combate: los guerreros ven el casco, lanza, y relumbrante penacho; creen encontrar la fuerza, embisten con violencia, y llegan desde los primeros golpes al corazón.

Las injusticias no solamente pueden turbar enteramente la felicidad y paz de una muger, sino desapegar también de ella hasta los primeros objetos de su corazón. ¿Quién sabe si la imagen presentada por la calumnia no lucha á veces contra la verdad de los recuerdos? ¿Quién sabe si los calumniadores, después de haber despedazado la vida, no despojarán hasta la muerte de los tiernos pesares que deben acompañar á la memoria de una muger amada?

En esta pintura, no he hablado todavía más que de la injusticia de los hombres para con las mugeres distinguidas; no es de temer también la de las mugeres? ¿No excitan ellas ocultamente la malevolencia de los hombres? ¿Se ligan las mismas nunca con una muger para sostenerla, defenderla, y apoyar sus vacilantes pasos?

No está todo en esto; parece que la opinión descarga á los hombres de todas las obligaciones para con una muger en la que se hubiera reconocido un talento superior: puede ser uno ingrato, pérfido, malo con ella, sin que la opinión se encargue de vengarla. ¿No es una muger extraordinaria? Todo está dicho entonces; la abandonan á sus propias fuerzas, y la dejan en lucha con el dolor. El interés que una muger infunde, la potestad que preserva á un hombre, todo le falta con frecuencia á un mismo tiempo; ella recorre con su singular existencia, como los Parias de la India, todas las clases de que no puede ser, todas las clases que la consideran como si debiera existir por sí sola; objeto de la curiosidad, quizás de la envidia, y no mereciendo efectivamente más que la conmiseración.

MUSAS SALVADOREÑAS, CONTEMPORANEAS.

LA DE BERNAL.

De lánguido mirar, de nivea frente,
Dulce, sensible, enamorada y pura,
Alma de niño, tímida, inocente,
Llena de suave y mística ternura;
Canta lo bello, verdadero y bueno
Ya llena de placer ya de amargura;
Y nunca su sencilla vestidura
Arrastró con sus flores por el cieno.

LA DE BONILLA.

De ciprés y crespón la sien ceñida;
Pálida, triste, pero al par hermosa,
Es la deidad que guarda enternecida
En el mármol pentélico una rosa . . .
Pero también en sus divinas manos
Junto al laud tiene un lira santa,
Que el alma del estúpido levanta
Y conmueve el poder de los tiranos.

LA DE CAÑAS.

Su fama es envidiable por lo grande,
Pues ha llegado ya hasta el viejo mundo
Y resuena en los ámbitos del Ande.
Su arreo cortesano es sin segundo;
Y yo carezco de una trampa homérica
Para hacerle los méritos eternos
A esa nieta de todos los Gobiernos
De mi infelice patria Centro-América.

LA DE DELGADO.

De negra cabellera, ojos rasgados,
Morena tez y corazón fogoso,
Ebúrneo seno y labios agraciados,
Talle gentil y continente airoso:
La Libertad! La diosa que coabyuva
A todo lo que es noble y portentoso,
Esa inspira á Delgado, á ese coloso
Que ama mi patria y que bendice Cuba.

LA DE HERRERA.

De mirada atrevida y picaresca,
De sonrisa infantil aunque burlona,
De tez muy blanca, sonrosada y fresca,
Tal es la bella dama juguetona
Que en sus horas de amor y de entusiasmo
Sus dulcísimas cántigas entona;
Que ni el error ni lo vulgar perdona
Dándole el correctivo del sarcasmo.

LA DE NAJARRO.

Tiene expresión de pena en el semblante;
Pero ¡ay! á veces truécense su llanto
En el soez reír de la bacante

Que ahoga en líbrica orgía su quebranto;
Mas uno de sus cantos, uno solo,
Cuando el amor purísimo lo inspira,
Tiene tanto valor que por su lira....
La suya misma le daría Apolo.

LA DE VELADO.

Es la joven altiva que, al alzarse,
Conjura el mal y los errores reta,
Con la vibrante voz de Nuñez de Arce
Y la audacia titánica de Arrieta.
Canta todo lo grande en su embeleso
Con la fé y entusiasmo del profeta,
Y es su ardor invencible el del atleta
Obrero infatigable del progreso.

1882.

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

DOS PALABRAS.

El joven poeta Rubén Darío, después de haber visto las "Musas Salvadoreñas" que tomamos del album de nuestro amigo Miguel Plácido Peña, nos ha remitido la de este, la que insertamos á continuación, felicitando á Peña por la apreciación que hace Darío de su Musa.

Peña nos ha expresado su temor al publicar su composición, pues no están en su lugar respectivo las Musas de otros poetas del Salvador, y no duda que por la manera de juzgar á algunos, tal vez á quienes la generalidad juzga notables poetas, se ponga en boca de ciertos círculos que les rinden alabanzas; pero al terminar nos ha dicho: "nadie, sino yo, es responsable de mis opiniones, y, además, tengo la conciencia de hacer á todos justicia."

LA DE PEÑA.

Virgen bella de encantos celestiales
de ardiente corazón ama y delira;
dá sus trovas de amores á raudales
y con ansia y ardor, canta y suspira;
en los aires esparce himnos marciales
con las cuerdas vibrantes de su lira;
sueña y lucha, acaricia y centellea,
llora, entusiasmo, profetiza y crea.

RUBÉN DARÍO.

LAS QUE SE QUEDAN.

Quando la mujer vino al mundo no pudo prever que tenía que ser víctima de terribles *consecuencias*, y si esto hubiera llegado al alcance de su olfato inmenso, mil veces hubiera protestado contra un acto que no formaba más que el prólogo de una historia de amarguras y desdichas.

Cáscaras! debemos convenir en que la mujer ha nacido para padecer; pero también debemos convenir en que el padecimiento para la mujer,

es un elemento necesario á su naturaleza, é indispensable á su modo de ser.

Sufrir es su misión: muy triste por cierto, pero muy natural á sus rarezas.

Desde muy chica sueña con mil venturas ilusorias que las ve convertidas en bellas realidades por un momento, y después en agradables decepciones.

Su felicidad al principio, consiste en vestir muñecas y *chincarlas* y demás &, porque desde en su infancia, y quizá por inspiración ó por natural instinto es muy aficionada á la maternidad.

Llega después una época en que el matrimonio empieza á calentar sus orejas. Y se viste de blanco, y adorna sus sienes con la corona de desposada, y compone altares, y busca el marido, y encuentra el sacerdote! Cuántas veces, en estos inocentes pasatiempos me cupo la honra de ser el reverendo padre Franco, elegantemente *ensotanado* con una enagua, casi siempre, de alguna compañerita de la infancia!

Pero nunca tuve la dicha de ser solicitado como el hombre de un matrimonio. Yo no sé porqué, porque, aunque.... me pesa el decirlo.... yo no era tan feo para no *formar ilusión*.

Un atentado de esa naturaleza no deja de ser un tanto degradante para mí, y algo contrario á mis aspiraciones conyugales.

No nos detengamos mucho.—Dejemos á la mujer vistiendo muñecas, para encontrarla en su período más crítico.

¡Infelices! cuantas de ellas están próximas á llegar al grado máximo de sus *desengaños*....

Todas saben que vistieron muñecas; pero cuántas ignoran que es llegado el momento de saber si tienen que vestir santos....

Llega la época en que la mujer está dispuesta á sacrificar la *parte* por el *todo*.

Su corazón, en un *vaiven* misterioso, se contrae y se dilata con la mayor facilidad del mundo.

La situación es terrible, la cuestión crítica.

La mujer sueña con un mundo de ilusiones. Todos los *pantalones* que pasan por su casa, están enamorados de ella.

Todos son bien parecidos, apuestos...

Todos tienen sus atractivos.

Todos casi tienen la misma edad que ella.

Todos poseen para ella la misma elegancia y mil circunstancias *atenuantes* más.

Todos la miran al pasar...

Y ella?

Para todos tiene una sonrisa.

Para todos una *carita de chiste*.

Para todos una guiñada de ojos.

Para todos una postura estudiada.

Para todos una mirada de desprecio, tal vez.

¡Pícaras mujeres, desde en la cuna tienen su táctica....

Pero ahora es tiempo; preséntese quien quiera, el imberbe más refinado, y declárese.

Sea *verbi-gratia*, por ejemplo un estudiante. La ninfa le dice que por de pronto no puede aceptar su amor; pero que más tarde.... "tal vez".... "en fin".... "los portes"....

Esto desde luego tiene sus humos de *correspondencia* y el más desafortunado puede darse por satisfecho.

Y este es el primer peor paso de la mujer.

El chico es de buena familia, atrevidillo, no bebe ni juega, ni es *enamorado*. Sus padres tienen *pistillo*, pero él... es un... chico.

Entretiene largo tiempo á la chica; le falta mucho para concluir su carrera, la desespera, se le podían presentar otros *partiditos* mejores; pero todo el mundo conoce sus amorfos y todos respetan aquel juguete con ínfulas de pasión.

Hay un caballero que de buena gana haría el sacrificio de unir su suerte á la de ella; pero teme una lluvia de calabazas y se abstiene de todo. Ella empieza á comprender algo más, teme que su primer marido inédito la engañe y... puf! la situación es terrible, apremiante y de todos los demonios.

El estudiantillo ya piensa de otro modo, y aunque visita tres veces al día al *objeto* de sus primeras impresiones, también visita tres veces por la noche al ídem de sus segundas ídem.

La chica, al fin, lo comprende todo y ve con dolor que ya es viuda sin haber sido casada...

He aquí el origen de las solteras, de las mujeres que *se quedan*.

Pasa el tiempo con la misma ingratitud con que acostumbra, y se llegan los cuarenta años, y entonces: todo el mundo debe respetos y consideraciones y... nada más, á las solteras.

Tres caminos: el claustro, la honra y el arrojito de despreciar la honra, ó el celibato forzoso.

Y tal vez por los estudiantes. ¡Malditos estudiantes! Son los más enamorados y los que menos se enamoran.

De mil matrimonios proyectados por estudiantes, 1 se lleva á cabo y 999 se *futren*.

La proporción es alarmante, pero desgraciadamente muy cierta. Tal vez será una medida previsora.

Esos enamoradillos de pacotilla, valuados á tres por un cuarto, forman una verdadera plaga social.

Son una especie de chapulines humanos que bárbaramente desbarran los prados de la esperanza matrimonial.

Larvas malignas que destruyen los pétalos de la flor de la ilusión:

Azote de los sueños conyugales—

Mal agujero de los caprichosos ensueños femeninos.

La policía debía tomar sus medidas y proceder contra ellos.

Esos ladrones de la tranquilidad debían ser ajusticiados en el patíbulo de la execración universal, é inhumados en el panteón del desprecio de las mujeres.

Pero no, que entonces no habría solteras, y las solteras forman en la farsa del mundo, una necesidad social.

La soltera es muy divertida.

Cuando sus esperanzas empiezan á perderse y sus proyectos á derretirse:

—El matrimonio no le conviene. Ha pensado no casarse! Es tan pesada esa carga....

Si tiene dinero,—Se fijan los hombres en ella por su... dinero.

Si no tiene,—cuenta á sus amigos, que el matrimonio sin dinero, es un sol sin luz y un cielo sin estrellas y para eso... mejor es no casarse.

Hay todavía un pedacito de esperanza. Ahora los hombres se fijan en ella por... la *cuestión* es algo delicada.

Ya no hay esperanzas.

—El matrimonio no le conviene y no se casaría por todo el oro del mundo.

Ahora la soltera es lo que debe ser.

Abre las puertas de su casa y en ella se juegan naipes, damas, ajedrés y uno que otro galanteo.

A algunas se galantean por caridad á otras por justicia; porque ¡hay solteras tan tentadoras!

La vida marcha, la soltera sufre. Pero á los ojos del mundo se presenta siempre risueña y diciendo que se alegra de no haber aceptado nunca la mano de nadie.

De cien, á una puede creérsele; de noventa y nueve hay que reirse.

Algunas veces, se presenta vestida de blanco ó de negro algo *pálida* y más ojerosa, y dice que de sus novios, solo á Goyo quiso, y que desde que Goyo murió, no ha olvidado nunca á Goyo, y jamás querrá á otro que no sea Goyo.

Llega la época de los recuerdos.

Á toda su corte, se complace en referirle, á todas horas, mil aventuras que nunca tuvo, y los nombres de mil enamorados de ella, á quienes solo su cerebro forjó.

El actual Presidente fué su novio; el acaudalado Don Fulano, ídem y cien más; todos ellos víctimas del furor de sus calabazas.

La soltera, á veces, es terrible; tiene proyectos diabólicos y entonces es necesario tocar retirada.

Casi siempre es la consejera y la confidenta de muchos, y, envidiosa quizá, se complace en destruir amores embrionarios y esperanzas en jermen.

Por último, se le acaba la caterva de sus admiradores, ó le quedan dos ó tres individuos de su misma especie.

Bien pudiera formarse un regular museo de antigüedades.

Muere casi siempre á los setenta años.

Sus últimas palabras son estas:

Estudiantes, vosotros tenéis la culpa; malditos mil veces seáis, chinches peligrosas, pretendientes matriculados.

En su tumba hay una inscripción.

VIUDA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Todavía allí se oye un leve ruido.

Es que cuenta sus aventuras amorosas, sueña que tiene quince años y huye de los amorfos de colegio.

San Salvador, 1883.

FRANCO.

A ARTURO.

I

Cuando se sufre horrible decaimiento
y la fuerza del alma se destruye
y se apaga la luz del sentimiento
y la esperanza se despide y huye;

cuando la voz del corazón se calla
y la mente frenética delira;
y al quererla pulsar, tiembla y estalla
la vibradora cuerda de la lira;

cuando furioso vendaval azota
al espíritu débil y dormido
y se filtra la hiel, gota por gota,
en el fondo del pecho dolorido,

entonces mira la pupila al cielo
y se ansía un amparo, una esperanza,
y el iris misterioso del consuelo
se busca con afán en lontananza.

II

Tal como el rayo que la encina bota
y enciende el monte con su lumbre luego,
y las peñas altísimas azota
chasqueando como látigo de fuego;

así la pena cae sobre el alma
y con su filo destructor le hiere
y sin placer, sin ilusión, sin calma,
vacila el ideal y lucha y muere.

¿Y en dónde hallar la luz que clara alumbra
en ese oscuro y lúgubre camino,
si aunque se ansía coronar la cumbre
la oscuridad rodea de continuo?

¿Y en dónde hallar para el dolor consuelo
si á la queja responde cruel cinismo;
si aunque se anhele el esplendor del cielo,
tragan las fauces negras del abismo?

Allá arriba la luz la mente busca,
la luz de la esperanza, reluciente;
pero esa misma luz ciega y ofusca
las cansadas pupilas de la mente.

Luz que con brillo poderoso halaga,
flota agitada en un lugar en donde
al quererla tocar presto se apaga
y en horizonte lúgubre se esconde.

Y aquesa luz que ese horizonte puebla
y que con bella irradiación fulgura,
abriga en su irradiar mucha tiniebla,
y en su inmenso fulgor es muy oscura.

¡Y ay del que llega á ansiarla; desgraciado!
que cae en un abismo hondo y horrendo. . . .
¡mientras más el espíritu ha volado,
con mayor rapidez va descendiendo!

Espíritu que vuela y mucho sube
y huyendo va de la mundana guerra,
que cuando creé que va á tocar la nube,
se revuelca en el fango de la tierra!

Ahí andan por el mundo muchas almas
que han ido á conquistar palmas divinas
y que en vez de encontrar lauros y palmas
se han ceñido la frente con espinas.

Almas que buscan ráfagas hermosas
de gloria, vida, excelstitud y fama,
y que como las bellas mariposas
van á morir por fin entre la llama.

Almas que ansiando luces esplendentes,
llenas de aspiraciones puras, santas,
no encuentran un laurel para sus frentes
y sí abismo de horror ante sus plantas.

Miran que el bien en humo se convierte,
sientén su voz debilitada, muda;
ante sus ojos realidad de muerte
y en su interior el cáncer de la duda.

.....
.....
.....
.....
Dime, Arturo, tú nunca comprendiste
la solución que ese problema encierra?
¿qué remedio ofrecer al alma triste
que así sufre entre el polvo de la tierra?

MIRTO.

EL ESPIRITU DEL GENIO.

Ni es delirio, ni es sueño. . . .

El hombre-genio tiene más de divino que de humano. Hay para él algo que le hace salir de la esfera de los seres comunes para elevarse á los cielos de lo ideal.

Hay para él algo que es como una deidad. . . que con divino soplo, forma el alma de su poderosa actividad.

Ah! si yo pudiese soñar como sueñan los poetas! . . . La llamaría hacia mí para interrogarla; le arrancarí el secreto que envuelve su ser. ¿De donde viene? ¿cuál es su origen?

He aquí un misterio que, cual otros que nos muestran los límites de la comprensión humana, confunde y preocupa nuestra mente.

En vano queremos explicarnos porque la mayoría de los hombres, tal vez con elementos semejantes, leyendo todos en el libro siempre abierto de la naturaleza, no llegan á constituirse, como otros, en reveladores de la sabiduría infinita.

Yo, y aunque ello me haga aparecer como visionario ó fanático, creo lo que creía de sí mismo el sublime Sócrates, el padre del movimiento regenerador y filosófico del mundo.

Creo que para el hombre-genio hay una divinidad que, acogiéndolo bajo su amparo, lo transforma y lo lleva á cernirse con ella en esferas superiores á donde nunca llega la generalidad de los mortales.

Divinidad que no á todos lisonjea, y que, sin embargo, vive para todos, pero no es de todos; y así, aunque universal como la luz resplande-

ciente del rey de nuestros astros, es todavía menos pródiga que la fortuna...

Ella es la misma que inflamando el corazón de algún predestinado, á quien el dedo Dios ha señalado, lo provee de una perseverancia y energía omnipotentes, para desprestigio y humillación de las tiranías y salvación de la dignidad y bienestar de la familia humana.

Ella es la que besando la frente de alguno de sus elegidos y tomando asilo en su imaginación, le enseña á comprender el idioma de las aves, á hablar con las flores, á oír los conciertos que forman el rumor de la blanda brisa y el dulce murmurio de las fuentes...

Ya lleva miel á los labios de alguno de sus hijos, ya le impregna el alma de ardiente inspiración, para que cautivando nuestro espíritu con deliciosas expresiones, ó valiéndose de la palabra como de una espada, obtenga el triunfo del sentimiento ó de la idea.

¡Cuán pequeña es su familia aquí en la tierra; pero en cambio, qué selecta! Ella forma la primera y más noble de las dinastías. Dinastía cuya genealogía llega al cielo y cuyos blasones son la gloria y la inmortalidad.

No consideremos de stirpe puramente humana á Cristo ni á Sócrates.

No todos los siglos ven levantarse hombres como Cicerón, como Homero.

Ni habrá rivales para los Bolívar y los Washington.

Y otros más que vinieron al mundo y que formaron la gloria de su raza y de su siglo.

Si llamásemos á la puerta de esa divinidad misteriosa y la interrogásemos, ella nos diría que es enviada del cielo, que es divino soplo de ese Sér omnipotente que da vida y movimiento á los universos.

Sin embargo, cierto poeta dijo:

Unidos por el amor
Una noche se casaron;
Pobres, los dos se llamaron
Necesidad y dolor.

Fué su consorcio fecundo,
Como de Dios bendecido,
De aquella unión han nacido
Los genios que honran al mundo.

Esto no es más que un terrible cargo, un eterno reproche lanzado á la humanidad, que ha pagado casi siempre con la ingratitud y pretendido legar al olvido á los que mayor bien la hicieron.

Pero ¿podrá esa misma humanidad empañar la luz que arroja el hombre-génio á través de los siglos? ¿Podrá hundir en el abismo del olvido á esos hombres cuyo nombre y gloria iluminan y fecundan los tiempos presentes y las más remotas lontananzas del porvenir?

Ah! no paremos la vida del hombre-génio con la del que solo pensó en el yo, con la del oscuro ignorante, comparable al torpe molusco destinado por Dios á vivir sin luz, sin horizonte, ni esperanzas.

Porque hacerlo así sería ofender al mismo Dios, de quien el hombre-génio es represen-

tante aquí en la tierra; porque sin él, el mundo de la idea, el humano progreso, no habrían salido de las tinieblas; así como sin el *fiat lux* de la Causa suprema, habría quedado envuelta en el caos la obra admirable de la Creación.

SILVIO.

DESAHOGO DEL CORAZON.

(Á LA MEMORIA DE MI AMIGO INOCENTE REVELO).

Hay páginas en el libro de nuestra vida que, aunque escritas un tiempo con la tinta de los encantos, las encontramos después escritas con la tinta de la melancolía.

Al evocar los recuerdos de la infancia, de las dichas que pasaron, de las amistades que fueron, nuestro espíritu pliega sus alas en lánguido recogimiento, ante la impotencia de volver á aquellas pasadas horas en que vió correr la vida de los primeros encantos, de las más puras y dulces ilusiones.

Un amigo! ¿Sabéis lo que és y lo que vale un buen amigo?

Un buen amigo es quizá algo más que un hermano. A este le amamos; á aquel le amamos también, pero le entregamos nuestro corazón y nuestra alma.

Es, cuando nos falta la madre, como esta, el ángel bueno que vela por nuestro bien.

Padece y llora con nosotros; goza y ríe con nosotros.

Pensad en la avecilla que llora enternecida la ausencia de la fuente donde antes viniera á solazarse en sus aguas cristalinas.

Pues bien: así se llora la ausencia del buen amigo que nos dió ventura con sus bondades; que oyó nuestras quejas; que nos prodigó consuelos en este valle donde el que más alcanza es el halago mentido de la fascinadora felicidad...

Hace un año que uno de mis más caros amigos, *Inocente Revelo*, vió abrirse ante sí las puertas de la eternidad.

Compañero de la infancia, mutuos confidentes de nuestros pasos por el espinoso sendero de la vida, hallé siempre en el fondo de su alma las nobles cualidades de bondad, firmeza y lealtad.

Mas no quiero turbar la tranquilidad de su eterno sueño.

—Inocente, amigo mío: si despertases de él, verías que he sido fiel á los recuerdos, verías que al hundirte en el ocaso de tu vida te llevaste un pedazo de mi alma y he deplorado tu ausencia. Duerme en paz!

Ojalá que el débil recuerdo que te dedico, llegue como un eco de consuelo al seno de tu familia y, más que todo, al corazón de tu excelente madre.

MANUEL BARRIERE.

Febrero 26 de 1883.

LA LUNA.

A MI ESPOSA.

Ya en Oriente en el confín profundo
La Luna aparta el nebuloso velo,
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pié con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
Por solo rumbo la región vacía,
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;
Y de la Noche el iris vaporoso
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descendiendo tu callada lumbre,
Y en argentinas gasas se despliega
De la nevada sierra por la cumbre,
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
Á largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas;

Ó al pié del cerro do la roza humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense, á la luz, las fuentes y los ríos,
En sus brillantes rostras envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
Vuelo al través de solitarias breñas
Á los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del caos, por el mundo errantes;
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro á la áspera pendiente,
Y á trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza,
Ó con la fuente llora, que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,
Y alumbrá al pié despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el Desierto agita:
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita....

Se acerca el centinela de la Muerte:
¡Hé aquí el Silencio! Solo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario
Del infinito á la extensión sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada!....

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
De blando azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre!

Cruzo perdido el vasto firmamegto,
Á sumergirme torno entre mí mismo,
Y pierdo otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran....
Los Andes á lo léjos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados....

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la aurora.

¡Oh Luna, adios! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara,
Esta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya,
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLÓN.